



Con María,
discípulos
misioneros
de Jesucristo

Carta pastoral del arzobispo de Madrid
+ Carlos Card. Osoro Sierra

Edita:

Medios de Comunicación del Arzobispado de Madrid
C/ La Pasa, 5, 28005 - Madrid

Imprime:

COFÁS S.A.



Con la colaboración de la Consejería de Educación
e Investigación de la Comunidad de Madrid

Imagen de portada:

Mosaico de Marco Ivan Rupnik en la sacristía mayor.
Catedral Santa María la Real de la Almudena.
Fotografía de Archimadrid / José Luis Bonaño.

Puede descargar la carta en PDF en archimadrid.es

Con María,

discípulos

misioneros

de Jesucristo

Introducción: un Dios que nos busca y cuenta con nosotros para mostrar su rostro

«No tengas miedo de apuntar más alto,
de dejarte amar y liberar por Dios.
No tengas miedo de dejarte guiar
por el Espíritu Santo» (GE 34).

1. La realidad de una Iglesia particular peregrina y misionera

Desde el año 2015 hasta el 2018 hemos vivido en Madrid un acontecimiento de gracia: el Plan Diocesano de Evangelización (PDE). Han sido tres años compartidos de escucha atenta a la voz del Espíritu que guía a toda la Iglesia. Hemos tratado de responder, a la luz de la Palabra de Dios, a lo que nos pedía el Señor en el momento presente con respecto a los hombres y a la sociedad. Nos hemos planteado cómo responder hoy a esa llamada de Jesús para ponernos en salida y anunciar el Evangelio.

Tres temas han sido objeto de especial estudio, trabajo y búsqueda: «La conversión pastoral para una transformación misionera de la Iglesia»; «Los desafíos, retos, tentaciones y posibilidades para la evangelización hoy en Madrid», y «El Pueblo de Dios que vive en Madrid anuncia el Evangelio y trata de dar respuesta a los problemas personales y sociales que hay en nuestro mundo».

Fruto de este trabajo, *entre todos, con todos y para todos*, han surgido muchas iniciativas pastorales. Unas promovidas directamente

por la archidiócesis y otras surgidas desde distintas realidades eclesiales de la Iglesia en Madrid:

I.- Iniciativas pastorales relacionadas con la acogida y el acompañamiento: 1. Para la acogida en general: grupos y espacios de escucha; 2. Vinculadas con la acogida y hospitalidad hacia migrantes y refugiados; 3. En relación con personas dependientes y mayores; 4. En el ámbito de la familia; 5. Relacionadas con los jóvenes; 7. Orientadas a la promoción de diferentes vocaciones; 8. En orden a la promoción y el reconocimiento de la dignidad de la mujer; 9. Dirigidas a la acogida y acompañamiento de personas en situación canónica irregular; 10. Encaminadas a la acogida y el acompañamiento de personas pertenecientes a diversos colectivos; 11. Ordenadas al acompañamiento pastoral y sacramental urgente nocturno.

II.- Iniciativas de tipo social en relación con la promoción de la justicia: 1. De relación y cooperación con instituciones sociales: ayuntamientos, ONG...; 2. Para la reivindicación y defensa de los derechos fundamentales de la persona; 3. De promoción de las personas y grupos sociales más desfavorecidos; 4. De ayuda a personas necesitadas; 5. Para la integración de grupos sociales en situación de marginalidad y minorías étnicas.

III.- Iniciativas encaminadas al anuncio y al fortalecimiento de la fe: 1. Relacionadas con el primer anuncio, testimonio...; 2. Orientadas hacia personas alejadas; 3. Buscando el acompañamiento de los novios; 4. Relacionadas con la catequesis: niños, jóvenes, adultos, iniciación cristiana...; 5. En orden a la formación y al crecimiento de la fe.

IV.- Iniciativas pastorales relacionadas con el cuidado de la liturgia: 1. Dirigidas a cuidar la acogida en las celebraciones litúrgicas; 2. Procurando la expresividad y la belleza de la liturgia; 3. Relacionadas con la acogida y acompañamiento a los que solicitan sacramentos como el Bautismo, la Confirmación, la Penitencia, la Eucaristía, la Unción de los enfermos y el sacramento del Matrimonio.

V.- Iniciativas pastorales para fomentar la comunión eclesial: 1. Impulsando la corresponsabilidad de los consejos de pastoral y económico; 2. Al servicio de la comunión eclesial entre diferentes carismas, espiritualidades, y niveles organizativos (vicarías, arcipresbiterios...); 3. Relacionadas con el fortalecimiento de la comunión con la vida consagrada; 4. Orientadas a la cooperación entre los colegios y las parroquias; 5. En diálogo con otras confesiones cristianas y otras religiones; 6. Dirigidas a una vivencia más intensa de la diocesaneidad.

VI.- Iniciativas variadas: 1. Relacionadas con actividades culturales, deportivas, lúdicas o artísticas; 2. Unidas a las devociones populares en nuestra diócesis; 3. Vinculadas a las nuevas tecnologías y a los medios de comunicación social.

VII. Iniciativas en comunidades parroquiales que pueden ser eclesialmente significativas¹.

Con todo lo que hemos recogido de los grupos del PDE se han realizado prospectivas y trazado líneas de acción pastoral. Para llevarlas a cabo es necesario que todos los cristianos nos preparemos para salir al mundo como discípulos misioneros. Ello requiere perfilar previamente quién y cómo es un discípulo misionero.

¹ Cfr. Documento final del Plan Diocesano de Evangelización 2015-2018

El Señor nos entregó un retrato humano prototipo: su Madre, la Virgen María. En este curso, dentro del Año Jubilar Mariano que estamos celebrando, vamos a trabajar todos los discípulos de Cristo para descubrir, a través de nuestra Madre, la Santísima Virgen María, nuestro ser, vivir y hacer como discípulos misioneros. Será Ella quien nos indique el camino y nos ponga en ese movimiento evangelizador y misionero que vivió y realizó como nadie. Y, por supuesto, vamos a ayudarnos a vivirlo *entre todos, con todos y para todos*. Solo así podremos elegir para los próximos años, de entre todas las iniciativas que se han propuesto, aquellas que creemos más urgentes y necesarias para la diócesis.

2. La realidad de una Iglesia particular que desea vivir y salir desde la conversión pastoral

Estamos viviendo una época nueva. No es que se esté gestando; estamos de pleno en ella. La vivimos con las dificultades propias de lo nuevo, pero también llenos de esperanza. Tengamos la absoluta certeza de que el Señor está con nosotros y nunca abandona a la Iglesia. Ante la pregunta que hizo el Señor a los apóstoles, «¿También vosotros queréis marcharos»? (Jn 6, 67b), hoy damos la misma respuesta de Pedro en nombre de los Doce: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios» (Jn 6, 68-69).

Como la Virgen María, deseamos ponernos presurosos en camino. No nos asusta que sea enrevesado y pedregoso. Nuestro anhelo es anunciar el Evangelio a todos los hombres y mujeres que nos salen al encuentro. ¡Qué bien viene recordar las palabras del Papa beato Pablo VI, dentro de muy pocos días santo! Al concluir el Concilio Vaticano II, nos decía: «Difundió el Evangelio de Cristo y la renovación

de la Iglesia. [...] Os ofrezco a María, espejo nítido, modelo inspirador»². Por ello, deseo presentaros a María como ese modelo que Dios mismo eligió para hacerse presente entre los hombres. Ella es la que nos puede decir lo que realmente define nuestra existencia como cristianos, como hombres y mujeres que hemos acogido en nuestra vida a Jesucristo y salimos al mundo, sin miedos de ningún tipo, a proclamar dónde está el Camino, la Verdad y la Vida. Como María, deseamos no entretenernos en discusiones y enfrentamientos que no llevan a ninguna parte. Queremos con todas nuestras fuerzas salir al encuentro del mundo, abrazarlo y dialogar con él. En el mismo discurso al que antes me refería, decía Pablo VI: «Si la Iglesia no está al servicio de la humanidad, no es la Iglesia del Señor»³.

Hemos de recordar las palabras del Papa Francisco cuando nos hablaba de la pastoral en conversión: «Espero que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están. Ya no nos sirve una simple administración. Constituyamos en todas las regiones de la tierra en un estado de permanente conversión [...]. El Concilio Vaticano II presentó la conversión eclesial como la apertura a una permanente reforma de sí por fidelidad a Jesucristo»⁴. Esta conversión pastoral requiere de todos los que formamos parte de la Iglesia asumir con toda verdad dos exigencias fundamentales: a) ser parte del mundo, y b) ser ella misma.

a) ¿Qué alcance tiene ese ser parte del mundo o estar en el mundo? Entre otras cosas, reclama de la Iglesia que tenga una palabra actual, historizada y comprensible para el tiempo que vivimos. Ha de ser capaz de hacer saltar de gozo a quienes encontramos en el camino, como hizo María con Juan Bautista, que aún estaba en el vientre de su madre, y con su prima Isabel que le lleva a proclamar

² Pablo VI, Mensaje final del Concilio Vaticano II (8-XII-1965)

³ Ibid.

⁴ Cfr. EG, 26

la dicha de quien cree: «Bienaventurada la que ha creído, porque lo que ha dicho el Señor se cumplirá»⁵.

b) ¿Qué alcance tiene ser ella misma, es decir, ser propia y realmente la Iglesia de Jesucristo? Se trata de no reducirla a un mero acontecimiento humano, pues hace presente entre los hombres algo que por nosotros mismos no podríamos lograr: la salvación de Dios. Se trata de ser acontecimiento, *sacramento en el Sacramento Cristo*. Y todo ello gracias al misterio de la Encarnación. Donde mejor se ve que es un canto distinto, nuevo, es en el magníficat. La Iglesia es ella misma cuando proclama y hace oír y vivir intensamente con palabras y obras el magníficat⁶.

Estas dos exigencias eliminan el riesgo de la ideologización. «La liberación que proclama y prepara la evangelización es la que Cristo mismo ha anunciado y dado al hombre con su sacrificio»⁷. Por otra parte, «la pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral de “siempre se ha hecho así”. Invita a todos a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades»⁸.

3. La realidad de una Iglesia particular preocupada por insistir en que se comprenda cada día más y mejor el Evangelio de la gracia y de la misericordia

¿Qué es lo que más nos tiene que preocupar en el empeño por ser discípulos misioneros como María? A mí siempre me ha impresionado el Evangelio de san Lucas por el modo que tiene de proponernos la misión. No sé si habréis caído en la cuenta de cómo nos

⁵ Lc 1, 45

⁶ Cfr. Lc 1, 46-55

⁷ EN 38c

⁸ EG 33

presenta san Lucas una realidad parecida a la que vivimos hoy: el Evangelio de la gracia y de la misericordia no es comprendido por sus contemporáneos. Basta volver la mirada a episodios en los que fariseos y escribas aparecen murmurando permanentemente porque a Jesús se le acercaban los publicanos y pecadores para escucharlo. Recordemos unas palabras que sintetizan esta actitud: «Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: “Ese acoge a los pecadores y come con ellos”»⁹. ¿Quiénes murmuraban? Las personas practicantes. Ellas se consideraban buenas, en posesión de la verdad y con todos los derechos respecto al Reino de Dios. Notaréis enseguida que la oposición no se manifiesta directamente; se articula con simples alusiones, con referencias vagas, con pequeñas frases que contienen medias verdades que son inmediata y profusamente puestas en circulación.

Si os dais cuenta, la media verdad con segundas intenciones ha sido, a través de la historia, la que ha provocado siempre el rechazo del Evangelio de la gracia. ¿Qué es lo que hace Jesús en estas situaciones? ¿Acaso se defiende? No. Sencillamente, se limita a repetir y a poner por obra el mensaje de la misericordia. No sucumbamos a la tentación de soñar con una vida cristiana perfectamente programada, a un cristianismo que no pueda permitirse ir en búsqueda de la oveja perdida, de tratar de localizar una moneda perdida o de acoger sin condiciones a un hijo que abandonó de mala manera la casa paterna. Sin estas actitudes, ciertamente provocativas, nunca se podrá comprender y acoger el Evangelio de la gracia y de la misericordia.

Os invito a contemplar y meditar estas tres bellas parábolas¹⁰ que ayudan a entender lo que os acabo de decir. Son parábolas que

⁹ Lc 15, 1-2

¹⁰ Lc 15, 3-32

tienen en común hablarnos de algo valioso perdido y de su búsqueda esmerada e infatigable por Dios. Eso debe hacer la Iglesia. Dios se ocupa y preocupa con primor de cada ser humano. Lo vemos en el pastor, en la mujer y en el padre. Los tres buscan, se alegran y gozan inmensamente con el encuentro. Finalmente, convocan a todas las personas cercanas a una fiesta.

Pongámonos por un momento del lado de los murmuradores. Ellos piensan *prudentermente* que el Evangelio de la gracia y de la misericordia se puede convertir en algo permisivo y carente de moral y de ética. Nosotros mismos u otros a nuestro lado seguro que hemos dicho en alguna ocasión que con esas actitudes *benevolentes* se pone en peligro la tradición, la seguridad doctrinal y moral de un grupo. Sin embargo, cuando entra en nuestra vida la murmuración, impedimos que se instale en nuestro corazón el Evangelio de la gracia y de la misericordia. Dios nunca cambia. Él es el Dios de la misericordia. No hay nada más exigente que la gratuidad, precisamente porque no tiene límites y nos hace desentendernos del hermano a lo Caín: «No soy guardián de mi hermano». El Evangelio de la gracia nos invita a entregarnos hasta la muerte. Cuando no lo acogemos, nos muerde el descontento, nos invade la desesperanza y nos puede el egoísmo que nos impide salir de nosotros mismos.

De la primacía del amor y de la misericordia de Dios surge en la Iglesia la urgencia de recomenzar siempre de nuevo y siempre desde Dios. Precisamente por eso, contemplar a María como discípula misionera nos hará entender lo que significa vivir para Él y contagiar a otros la inquietud de una búsqueda sin descanso del rostro escondido de Dios.

I.- Discípulos misioneros como María, abiertos totalmente al Señor, para vivir y hacer el camino llenos de Dios

«Recordemos que es la contemplación del rostro de Jesús muerto y resucitado la que recompone nuestra humanidad, también la que está fragmentada por las fatigas de la vida, o marcada por el pecado. No hay que domesticar el poder del rostro de Cristo» (GE 151).

1. Un discípulo misionero entra en la hondura de la Anunciación

¡Qué hondura alcanza para todos nosotros el anuncio del ángel a María! (Lc 1, 26-38). Contiene este anuncio cinco elementos en los que deseo que os detengáis unos momentos: 1) aparición; 2) turbación; 3) mensaje; 4) objeción, y 5) signo. Hagamos una lectura detenida del texto y descubramos los cinco momentos necesarios para acoger a Dios en nuestra vida. María nos enseñará a ver que uno comienza a ser discípulo misionero cuando acoge a Jesucristo en su vida con todas las consecuencias.

Meditemos desde estos elementos el texto evangélico: «En el mes sexto, el ángel Gabriel fue enviado a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. El ángel entrando en su presencia, dijo: “Alégrate llena de gracia, el Señor está contigo”. Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué

saludo era aquel. El ángel le dijo: “No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin”. Y María dijo al ángel: “¿Cómo será eso, pues no conozco varón?” El ángel le contestó: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios. También tu pariente Isabel ha concebido a un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible”. María contestó: “He aquí la esclava del señor; hágase en mí según tu palabra”. Y el ángel se retiró»¹¹.

Al meditar este texto, quisiera plantearos las preguntas de Romano Guardini: «¿Qué debió sentir María cuando se hizo madre de Jesús en el momento de la Anunciación? ¿Qué ocurrió en ella durante los años de la convivencia con Jesús? ¿Cómo vio la actividad pública y el destino de su Hijo? ¿Qué representó para ella la venida del Espíritu Santo y cómo se le hizo visible a su luz su propia relación con Jesús? ¿De qué índole debía ser su naturaleza, su relación con Dios y consigo misma, para haber podido cumplir y vivir todo lo que se le otorgó y exigió?»¹² Si reflexionamos en lo profundo de nuestro corazón este texto, entenderemos mejor la psicología de nuestra Madre, la Santísima Virgen María, la discípula misionera por excelencia. Descrita en términos existenciales, podríamos hablar de un ser humano que se sitúa ante Dios desde cuatro constantes permanentes en su vida: 1) da paso a lo impenetrable; 2) tiene confianza absoluta en Dios; 3) Interioriza que vivir desde y con Dios supone dar un salto confiado, y 4) Asume el riesgo de dejar entrar a Dios en su vida y cambiar el ser y el hacer.

¹¹ Lc 1, 26-38

¹² R. Guardini, La Madre del Señor, Madrid 1960, p. 20

Cuando contemplamos el texto de la Anunciación, la primera persona con la que nos encontramos es con María. Se le invita a dar un paso audaz a lo impenetrable. «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo». Se le pide que se atreva a entrar en algo que es imposible desde presupuestos o razonamientos humanos: «Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquel». Porque se le pedía que colaborase en la acción de Dios aquí y ahora, poniéndose en marcha hacia lo desconocido. Simplemente se le aseguraba: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios».

Por otra parte, en María descubrimos que la grandeza de un discípulo misionero se hace patente en la adhesión de la fe y del amor para con Dios. Para Ella, su propio Hijo. Su pregunta manifiesta perplejidad: «¿Cómo será eso, pues no conozco varón?». A la turbación y a la confianza sigue siempre la fuerza de Dios: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer, será llamado Hijo de Dios». La respuesta elemental y confiada de María conmueve y mueve el corazón: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra».

2. Significado cristológico del anuncio que se le hace a María y repercusiones que tiene en nuestra vida

Con esos cinco momentos que contemplamos en el texto de la Anunciación (aparición; turbación; mensaje; objeción, y signo) se pone de manifiesto el significado cristológico del anuncio a María. El contenido central es Cristo, el núcleo de todo el Evangelio. Es anunciado en dos tiempos: primero, como Mesías davídico que reinará para siempre¹³; después, como Hijo de Dios, engendrado virginalmente en el seno de

¹³ Cfr. Lc 1, 31-33

María por obra del Espíritu Santo¹⁴. Por otra parte, aparece con una fuerza especial la respuesta de María. Este anuncio tiene una belleza singular e incomparable. La actitud de María nos propone un humanismo verdaderamente integral, el que tiene como base la fe y como camino la obediencia sacrificial que intenta restaurar la integridad original del ser humano. Ella es llamada a dar su consentimiento y a aportar la labor maternal para el nacimiento del Hijo de Dios en la condición humana. Así ha de ser nuestro consentimiento: dar rostro humano a Jesucristo con nuestra vida, regalando la novedad del hombre nuevo. En María se revela el diálogo entre Dios y la humanidad. ¿Cómo? Ofreciendo María una respuesta de fe ejemplar a la iniciativa divina: la que se demanda a los discípulos para ser misioneros como María y hacer posible la permanencia del diálogo entre Dios y los hombres. ¡Qué fuerza alcanza la respuesta de María en términos de fe, obediencia y servicio!: «María contestó: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”»¹⁵.

3. Un discípulo misionero como María debe descubrir la urgencia y la necesidad de llenar toda su existencia del Señor

En la Anunciación descubrimos la necesidad de acoger al Señor para superar y eliminar nuestras desorientaciones, nostalgias y miedos. En María encontramos el camino verdadero y la fe se torna en paso confiado hacia el Misterio. Ella nos hace descubrir la primacía de la iniciativa de Dios. Su escucha creyente de la Palabra hace visible el valor de la comunión con Dios y su proyecto sobre la humanidad. En el relato sagrado se manifiesta la caridad acogida y el amor que llena la vida. Son los distintivos del verdadero discípulo. De esos frutos de Dios nace la Iglesia de la hospitalidad y de la misericordia.

En la Anunciación se nos desvela algo maravilloso que ayuda a

¹⁴ Cfr. Lc 1, 35-37

¹⁵ Lc 1, 38

comprender la identidad del discípulo misionero. El ángel dice a la Virgen: «Alégrate llena de gracia, el Señor está contigo». María ha sido la criatura que se ha dejado configurar enteramente por Dios, la que ha sabido dejar que Dios fuese totalmente el Señor de su vida. Se trata de consentirle que nos llene de su gracia y de su amor, para que sea Él en nosotros y nosotros en Él. Dios envuelve a María y penetra su vida de su divinidad y de su presencia. Sin esa experiencia no nos convertiremos en discípulos misioneros. Lo expresaba muy bien san Juan Pablo II: «La Anunciación es la revelación del misterio de la Encarnación al comienzo mismo de su cumplimiento en la tierra. El donarse salvífico que Dios hace de sí mismo y de su vida en cierto modo a toda la creación, y directamente al hombre, alcanza en el misterio de la Encarnación uno de sus vértices [...]. María es llena de gracia porque la Encarnación del Verbo, la unión hipostática del Hijo de Dios con la naturaleza humana, se realiza y se cumple precisamente en Ella»¹⁶.

4. ¿Qué modo de vivir ha de tener un discípulo misionero?

En la Virgen María descubrimos un modo de vivir que guarda relación con la afirmación teológica de que María es la realización perfecta de la Iglesia redimida. En palabras del Papa Pablo VI: María es la «hermana de nuestra humanidad». ¿Qué se puede extraer de esta afirmación? Que hay un camino de espiritualidad cristiana, caracterizado fundamentalmente por «una relación directa y permanente con María en la oración, en la disponibilidad a su influjo maternal y en la asimilación de sus actitudes evangélicas [...], ordenada a resolverse en un camino de fidelidad a Cristo, de docilidad al Espíritu Santo, de comunión con el Padre y de vida eclesial»¹⁷. En definitiva, se trata de vivir en la imitación de María, muy especialmente en la receptividad del don de Dios, en la humildad y en la atención a la Palabra.

¹⁶ San Juan Pablo II, *Redemptoris Mater*, 9c

¹⁷ Carta de san Juan Pablo II al obispo de Trieste (15-VIII-1984)

Cuatro aspectos de María deben conformar la vida del discípulo misionero:

a) Vivir en fe. La obediencia de María es presentada en el Concilio Vaticano II como «peregrinación de la fe»¹⁸. Donde mejor se presenta la fe de María es en Lc 1, 26-38. Un acontecimiento que le exige toda su persona, todo su ser, toda su vida. Ella entera entregándose a Dios sin tardanza ni condición.

b) Vivir escuchando a Dios. El silencio de María. Se trata de ese «no temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios». Resulta clave para comprender desde dónde dijo María «hágase en mí según tu palabra»: en el silencio de su corazón. Porque, para todo el pueblo de Israel, era clave guardar en el corazón las grandes hazañas realizadas por el Señor en el pasado y volver a ellas bajo el estímulo del presente. Así obtenían (y obtendremos) luz nueva para cada momento.

c) Convertir la vida en canto a Dios. Hacer de la vida un canto como lo hizo María con el magnificat. En esta alabanza vemos de dónde saca fuerza para prestar la vida y dar rostro humano a Dios, para mantenerse fiel en el compromiso y experimentar confianza absoluta en el poder y en la ayuda de Dios.

d) Sabiendo que el Espíritu Santo guía a la Iglesia. El Espíritu Santo sobrevuela y acompaña todo el itinerario de María. En Ella actúa como santificador, iluminador, purificador y vivificador. Bajo su impulso se hace contemplativa: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra».

¹⁸ Cfr. LG 58

II.- Discípulos misioneros como María, saliendo al camino por donde transita la humanidad

«Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad de la puerta de al lado, de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, la clase media de la santidad» (GE 7).

1. Un discípulo misionero siempre está en camino

El camino del discípulo es el que hacen los hombres y mujeres, sus contemporáneos. Allí donde se encuentre un ser humano, allí tiene que estar el discípulo de Cristo. Todos los lugares por donde caminan y viven los hombres y las mujeres son senderos que hemos de transitar los discípulos de Cristo. Lo hemos de hacer como la primera discípula misionera: María, la Madre del Señor. Unas veces, serán caminos fáciles; otras, mucho más difíciles. Es necesario que nos detengamos a ver por dónde y cómo transitan las personas de todo tipo para salir a su encuentro.

Los que tenemos más edad recordamos épocas pasadas en que nuestro caminar lo hacíamos mayoritariamente entre cristianos. Teníamos mayor o menor conciencia de nuestra identidad, pero seguíamos un itinerario predeterminado unido a símbolos y lugares de gran fascinación. Los rastros que nos remitían a Dios eran

muchos. Invitaban a un determinado modo de concebir la vida y honrar la dignidad de la persona. Había una fuerte presencia cristiana por doquier, la cual ha dejado bastantes vestigios y aún está presente en algunas tradiciones populares.

Pero no nos podemos engañar más tiempo. Hemos de ser valientes y tomar conciencia de que el camino ha cambiado. La realidad ya no invita a mirar al cielo. Dios no es tan evidente como antes y se ha hecho más complejo el camino. Vivimos con muchas ambigüedades e inseguridades, ya no sirven los grandes relatos de antaño y el futuro suscita no poca desconfianza. Nada parece ser ya sólido. Todo se ha vuelto *líquido*. Se ha dado un proceso de secularismo en la mayoría de los ámbitos de la vida. Todo ello nos suscita varias preguntas: ¿Qué fuerza nos sostiene en este camino inédito?, ¿con quién estamos caminando?, ¿hacia dónde vamos? Para respondernos, nos ayuda contemplar el camino de María. Ella, tal y como se nos describe en el Evangelio, «en aquellos mismos días, se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña»¹⁹.

En ese camino de María hay algunas cuestiones que hemos de tener en cuenta. María se puso en camino después de haber acogido a Dios en su vida, de darle un lugar privilegiado en su existencia. No sale de cualquier manera al camino; lleva a Dios. Y por ello poco importa cómo sea el camino, empinado y fatigoso o llano y sin dificultades. El discípulo misionero que camina acompañado por Dios no se arredra.

Hoy la identidad cristiana no está ya protegida y garantizada, más bien está desafiada. Por eso, es necesario salir como María a todos los caminos. Pero hay que hacerlo como María: llevando a Dios, dejando que Dios ocupe nuestra vida, portando la verdadera riqueza

¹⁹ Lc 1, 39

que nos hace valientes para levantarnos, sin estar atados a nada. Solo con Dios que quiere entrar en el corazón de todos los hombres. Me cuestiono: ¿cómo vamos pertrechados para hacer el camino?, ¿vamos como María, tal y como se había preparado en «aquellos días»? ¿qué llevamos?, ¿a dónde vamos? La meta del discípulo misionero es todo el mundo. Ha de llegar a todos los hombres y mujeres de nuestra época: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándolos a guardar todo lo que os he mandado»²⁰

Contemplemos unos instantes el camino de María:

«En aquellos mismos días, María se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel de Espíritu Santo y, levantando la voz, exclamó: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Pues, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Bienaventurada la que ha creído, porque lo que ha dicho el Señor se cumplirá»²¹.

2. Un discípulo misionero, como María, se levanta, se pone en camino de fe y de esperanza y lleva a Dios en su vida

¡Qué expresión más bella utiliza san Lucas para describir la salida al camino por parte de María! En los mismos días que había aceptado ser Madre de Dios, portando en su seno a Jesús, «se levantó», se puso en marcha y salió. «Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel»²². Lo hace porque tiene que entrar en el corazón y en la vida de todos los

²⁰ Mt 28, 19-20

²¹ Lc 1, 39-45

²² Lc 1, 40

que encuentra. Vive una espera confiada y paciente. Cree a pies juntillas que las promesas de Dios se cumplirán. La fe. Hemos de descubrir la importancia de la espera paciente. La esperanza. No sé si os habéis dado cuenta de que la falta de esperanza es lo más terrible que puede padecer el corazón humano. Decía Charles Péguy que sin la esperanza, «una niña muy pequeña», el mundo se convertiría en «un inmenso cementerio»²³. La desesperanza es una enfermedad mortal, quizá la que más padece nuestro mundo. Sin esperanza desaparecen los sueños, los ideales y las aspiraciones. Se achica la distancia entre lo que somos y lo que estamos llamados a ser. Y de la mano de la desesperanza viene la frustración y se acaba optando por el gozo del instante.

La caridad de María la llena de Amor, elimina la soledad de quienes aún no han percibido el amor de Dios. Sin ese Amor que lleva María al camino, hay muerte. Con ese Amor se crean fundamentos, roca de comunión entre todos los hombres. Ante esa experiencia de soledad que vive la humanidad hoy, ¿no será que arrastramos la falta de acogida al Amor con todas las consecuencias? María consigue entrar en comunión no solamente con Isabel, sino también con el niño aún no nacido que estaba en el vientre de su prima. Y lo conquista por el Amor primero que ocupa su vida. Permanece con Isabel, la conforta, la anima y engendra comunión. A la luz del Amor que llena la vida de María, nos encontramos más y mejor con Dios y con nosotros mismos. Así podremos sembrar el Evangelio en las entrañas de quienes nos encontremos, como sopro inspirador de su vida con una novedad singular. Es un Amor de gratuidad, nutrido en las fuentes de la gracia. Exige que nos prodiguemos para crear ámbitos de libertad, crecimiento, verdad y vida.

¿Os dais cuenta de lo que supone la esperanza? La vida de Isabel ha cambiado. Lo percibe en el momento de saludar a María. El amor

²³ Cfr. Ch. Péguy, *El misterio de los santos inocentes*, Madrid, 1993, p. 8

de Dios que lleva María, la caridad que nace de Dios, lanza a ocuparnos de los demás y a regalarles lo más bello que tenemos: Dios mismo que se hizo Hombre por nosotros. A Isabel no le viene la esperanza por buscar fundamentos existenciales basados en cálculos, previsiones o estadísticas. Se alimenta de la convicción de que las promesas de Dios se cumplen. La visita de María, llevando a Dios mismo en su seno, todo lo cambia. Allí por donde pasa hace percibir a quienes tiene a su lado signos inequívocos de Luz: Dios mismo derrama ayudas a raudales para saber esperar contra toda esperanza.

3. María, discípula misionera, provoca la alegría de la fe en quienes se encuentra

Isabel, ante la presencia de María, siente el gozo de sentirse querida por el Señor y experimenta la bienaventuranza de vivir desde las razones de Dios. En efecto, la criatura salta de alegría en el vientre de su madre, Isabel. El motivo es la inesperada presencia de María que lleva al mismo Dios en su seno. Un discípulo misionero, si no lleva al Señor en su vida, no hará saltar a nadie de alegría. Con Isabel reconocemos que lo que hace más grande a un ser humano es la fe. Allí donde se experimenta la incapacidad para responder a las grandes preguntas, allí donde están las laceraciones del corazón o donde se percibe la falta de sentido se genera un pozo sin fondo que nada ni nadie puede colmar de tejas para abajo. Por eso, cuando entra en nuestra vida, María nos conforta con su fe y con el tesoro del que está llena. Ella nos une, nos anima, nos hace gustar los frutos de la fe y por eso exclamamos con su prima: «¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! Bienaventurada la que ha creído, porque lo que ha dicho el Señor se cumplirá»²⁴.

²⁴ Lc 1, 42b- 45

III.- Discípulos misioneros como María que hacemos de nuestra vida su mismo canto: el magnificat

«María, que supo descubrir la novedad que Jesús traía, cantaba: Se alegra mi espíritu en Dios mi salvador (Lc 1, 47) y el mismo Jesús se llenó de alegría en el Espíritu Santo (Lc 10, 21). Cuando él pasaba, toda la gente se alegraba (Lc 13, 7). Después de su resurrección, donde llegaban los discípulos había una gran alegría (cfr. Hch 8, 8). A nosotros, Jesús nos da una seguridad: Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría...Volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría (Jn 16, 20.22)»²⁵.

Contemplemos el canto del magnificat:

«María dijo: “Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humildad de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí: su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles generación en generación. Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos. Auxilia a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia –como lo había prometido a nuestros padres– a favor de Abrahán y su descendencia por siempre”»²⁶.

Imagínate proclamando este canto en todo lo que haces en tu vida y medita: ¿Qué palabras subrayas más porque crees que son

²⁵ GE 124

²⁶ Lc 1, 46-55

notas que has de cultivar con más fuerza en tu vida? Considera especialmente tres dimensiones del canto: proclamar la grandeza de Dios; realizar proezas y hacer grandes obras por mí, y auxiliar a todos los hombres.

Un discípulo misionero como María asume la misión de proclamar la grandeza del Señor, prestar la vida para que el Señor realice a través de sus obras grandes y muestra con su vida que Dios auxilia a todos los hombres

A la alabanza expresada por Isabel, nuestra Madre responde con el cántico del magnificat. Expresa a la perfección la espiritualidad de la Madre de Jesús. Es un canto que contiene los pensamientos de María. No tiene nada de extraño que una mujer judía, profundamente arraigada en las ideas religiosas de su pueblo, exprese su acción de gracias con palabras tomadas de la Escritura. Hay que decir que el cántico, compuesto por frases de los salmos (Sal 89, 11; 34, 11; 98,3; 103, 11; 126, 3) y del cántico de Ana (1 Sam 2, 1-7), revela las profundas actitudes espirituales de las personas piadosas de Israel y de los pobres del Señor. Implica varias tareas si se quiere vivir como discípulo misionero:

1. Proclamar la grandeza de Dios

Reconocer a quien hizo todo lo que existe, a quien nos creó como imagen y semejanza suya, a quien nos ha sobrepasado en todos los momentos de la historia para comunicarnos quién era y decirnos lo feliz que puede ser toda persona cuando lo mira, escucha su voz y acoge sus palabras. Esa grandeza de Dios lleva a vivir en la alegría que nace de sabernos queridos por Dios. Vivir inundados por la alegría y el cariño de Dios nos regala una manera singular de ser y de comportarnos. La alegría es plena cuando viene de Dios, cuando

somos capaces de reconocer su obra en nosotros. Sin Dios no somos nada, no valemos nada. Él es quien da densidad, fortaleza, sentido y valor verdadero a nuestra vida. Reconocerlo precisa humildad. Solamente quien se siente pequeño puede hacerse recipiente capaz de contener y regalar la grandeza de Dios.

2. Prestar la vida para que Dios realice sus obras

En María descubrimos al ser humano que no guarda nada para sí mismo. Su amor es el de Dios. Es consciente de que todas las generaciones la felicitarán por muchas cosas, pero fundamentalmente porque prestó su vida para que Dios hiciese obras grandes a través de Ella. ¡Qué belleza alcanza el ser humano cuando a través suyo se extiende la misericordia de Dios! Como nos recordó el Papa Francisco en la bula del Año de la Misericordia, «la viga maestra que sostiene todo el edificio de la Iglesia es la misericordia». A través de María, nuestra Madre, la misericordia tomó rostro humano e irrumpió en este mundo para enseñarnos lo que el Evangelio de san Mateo, en el capítulo 25, nos dice: «Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme. Entonces los justos le contestarán: “Señor, ¿Cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿Cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?” Y el rey les dirá: “En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis”»²⁷. La Santísima Virgen María prestó la vida para que Dios, tomando rostro humano, nos dijese con palabras y obras lo que debemos hacer con nuestro prójimo, especialmente con los más vulnerables.

²⁷ Mt 25, 34-40

3. Auxiliar a la Iglesia y a la humanidad entera

Dios sigue haciendo proezas por nosotros. Pero no cuenta con los que se creen más que otros. Busca la colaboración de los humildes y sencillos. Los dignifica mientras dispersa a los soberbios y a los que utilizan el poder para hacer esclavos a otros. Al Señor le agradan quienes viven en humildad y curan las heridas del prójimo. Él quita el hambre que tiene todo ser humano. Toda clase de hambre: de pan, de verdad, de vida, de amor, de justicia, de fraternidad, de reconocimiento, de libertad, de paz.

A lo largo de veintiún siglos, todas las generaciones cristianas han afrontado con fuerza la misión. Siempre lo hicieron teniendo muy presente a la Madre de Dios como discípula misionera. Los Doce aprendieron muy bien de Ella la lección: se dejaron acompañar por María y descubrieron en su persona una imagen de la Iglesia y el programa de acción que debían llevar a cabo. ¡Qué belleza adquiere contemplar el programa fundamental que tiene la Iglesia desde la mañana de Pentecostés! Lo recogió de Jesucristo por obra del Espíritu Santo. El esfuerzo misionero que jalona toda la historia de la Iglesia es imposible de comprender sin tener muy en cuenta a María.

Hay que salir como María. Y hay que hacerlo también hacia los que están más lejos, contando con esa gama infinita de medios que el Señor nos facilita. Nuestro mundo está descristianizado, pero lleva en sí un anhelo de infinito y, si prestamos atención, presenta el eco aún audible de Dios. Por ello, acercarnos a María es volver a descubrir el empuje misionero que tiene que tener siempre la Iglesia de Cristo. Ella debe sentirse responsable de todos los pueblos, de todos los hombres y mujeres y no puede descansar hasta que el Evangelio alcance a todos. Ser discípulos misioneros es tarea y deber de todo el Pueblo de Dios²⁸.

²⁸ Cfr. Decr. *Ad Gentes*, n. 35

IV.- Discípulos misioneros como María, atentos a las necesidades de la humanidad

«Al mismo tiempo, la santidad es parresía: es audacia, es empuje evangelizador que deja una marca en el mundo. Para que sea posible, el mismo Jesús viene a nuestro encuentro y nos repite con serenidad y firmeza: “No tengáis miedo” (Mc 6, 50). “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos” (Mt 28, 20)»²⁹.

Contempla la página del Evangelio que sigue. Es la primera manifestación pública de Jesús en la que se revela como Dios, mostrando su poder y gloria y en la que su Madre, la Santísima Virgen María, tiene un protagonismo singular:

«A los tres días, había una boda en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. Jesús y sus discípulos estaban también invitados a la boda. Faltó el vino, y la madre de Jesús le dice: “No tienen vino”. Jesús le dice: “Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo? Todavía no ha llegado mi hora”. Su madre dice a los sirvientes: “Haced lo que Él os diga”. Había allí colocadas seis tinajas de piedra, para las purificaciones de los judíos, de unos cien litros cada una. Jesús les dice: “Llenad las tinajas de agua”. Y las llenaron hasta arriba. Entonces les dice: “Sacad ahora y llevadlo al mayordomo”. Ellos se lo llevaron. El mayordomo probó el agua convertida en vino sin saber de dónde venía (los sirvientes lo sabían, pues habían sacado el agua), y entonces llamó al esposo y le dijo: “Todo el mundo pone primero el vino bueno, y cuando ya están bebidos, el peor; tú, en cambio, has guardado el vino bueno hasta ahora”. Este fue el primero de los signos que Jesús realizó en Caná de Galilea; así manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en Él»³⁰.

²⁹ GE 129

³⁰ Jn 2, 1-11

Ante esta página del Evangelio, descubramos a la Virgen María ayudándonos a entender bien a Dios, a descubrir con hondura quién y cómo es Jesús. La Virgen Madre está siempre atenta a nuestras necesidades y quiere ayudarnos. Quisiera que descubrieseis la profundidad de esta página del Evangelio y la actitud, la manera de ser y de existir que debe tener un discípulo misionero. Se puede sintetizar en tres palabras: escucha, decide y actúa.

a) Escucha. María escucha: no pasa por la vida sin más; oye el rumor de Dios y ve las situaciones en las que se encuentra la humanidad. Escuchar es más que oír. Uno puede oír pero no acercarse al corazón a lo que oye. Es una escucha llena de atención, acogida y disponibilidad hacia Dios. María sabe leer creyentemente los acontecimientos, todo lo que se vive en la historia concreta de cada ser humano. Escuchar es no detenerse en la superficie de las cosas, ir a lo profundo y saber captar el significado y la relevancia que tiene. Por su cabeza y su corazón pasan todas las situaciones de la humanidad. Escucha a Dios y escucha las realidades humanas. Está atenta a las personas y a los acontecimientos.

b) Decide. María vive con decisión. María «meditaba todas estas cosas en su corazón». Ella no se deja arrastrar por los acontecimientos. Decide sobre las realidades que ve a su alrededor. Vemos su decisión en las bodas de Caná; su realismo, su humanidad, el modo de estar atenta a las dificultades. Decide ir a quien puede resolver el problema para celebrar la fiesta para pedirle que intervenga: «No tienen vino». La vida de un discípulo misionero exige tomar decisiones. A veces no es fácil. Pero no se pueden postergar o dejarlas para otro. No se trata de seguir la moda del momento, sino de discernir lo que es bueno aquí y ahora. María decide y va a contracorriente. Escucha a Dios, refle-

xiona, ve la realidad, se abandona en Dios; lo demás no importa.

c) Actúa. María se pone en acción, va donde la invitan, no se detiene ante nada, no se deja atrapar por la parálisis, ni se deja arrastrar por los acontecimientos. Tiene claro lo que Dios le pide y actúa en el momento. Llevar ayuda a los demás desde Jesucristo es la acción más grande y más grata que podemos hacer. Ella nos mueve manos, pies, corazón, voluntad y pensamiento para ir deprisa hacia los demás y llevarles la caridad y el amor de su Hijo Jesús.

1. Un discípulo misionero, al igual que María, entra donde están y se reúnen los hombres

El primer milagro del Señor, su primera manifestación pública en el Evangelio de Juan, se hace en el contexto de una fiesta. Ha sido invitado a una boda con su Madre y sus discípulos. Aquí descubrimos, desde una lectura sapiencial de los textos sagrados que venimos haciendo, que sin la presencia e intervención de Dios no se puede celebrar la fiesta. Porque no cabe alegría verdadera sin Dios. Por eso urge que los discípulos de Jesús entremos en todos los lugares donde habitan y se reúnen los hombres. Tenemos que hacer un esfuerzo permanente por mantener ese compromiso evangelizador. Solo así la humanidad podrá hacer fiesta.

El Señor, a través de este milagro, nos alienta a vivir en su presencia. Al mismo tiempo nos llama a entrar en todas esas realidades en las que «falta vino». Hemos de regalar la bebida del amor, de la fe, de la esperanza, de la reconciliación y de la paz. Hay que vestirse del *hombre nuevo*, hemos de reconciliarnos con Dios. Hay muchas realidades que necesitan descubrir cómo celebrar la fiesta. Como en las bodas de Caná, no «hay vino», falta la presencia de Jesucristo en muchas reali-

dades. Y ahí está la Madre del Señor que se lo comunica con diligencia a su Hijo. No lo demos por supuesto. Tenemos que ser hombres y mujeres que hablamos al Señor de los lugares y situaciones donde falta lo más necesario, la presencia de Jesucristo.

El Señor quiere hacer la reforma de la Iglesia y su purificación con discípulos que sigan el camino de su Madre. Sin miedo a la bondad y a la ternura. El miedo nos retrae siempre. Es lo más contrario a la fe. No tengamos miedo. Jesús no nos dio una lista selectiva de quién sí y quién no es digno de celebrar la fiesta. Él quiere y ha venido a este mundo, para llegar al corazón de todos los hombres y mujeres, para ofrecerles su vida y para darles la gracia de vivir esta fiesta.

En la Virgen María vemos el rostro de una Iglesia que está llamada a vivir su vocación propia: «Es preciso que anuncie también el Reino de Dios en otras ciudades»³¹. Cada cristiano sabe que las palabras de san Pablo son un imperativo «porque, si evangelizo, no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone como necesidad. ¡Ay de mí, si no evangelizara!»³². Es la vocación de hacer posible que todas las personas conozcan, acojan y vivan la alegría del Evangelio, sabiendo quién tiene el vino bueno para la fiesta y quién puede cambiar de verdad el corazón humano.

2. Un discípulo misionero, como la Madre de Jesús, está atento a las necesidades reales de los hombres

La Iglesia tiene que adelantarse, tomar la iniciativa, salir al encuentro, buscar a quienes están alejados e invitar a los excluidos. No puede ser de otro modo si vive el deseo inagotable de ofertar a Quien puede hacer que todo sea diferente. ¿No vemos así a nuestra

³¹ Lc 4, 43

³² 1 Cor 9, 16

Madre en las bodas de Caná? Ella ha llegado como una invitada, pero no permanece ajena a la necesidad que tiene aquella familia. Interviene de manera directa. María se convierte en dadora de esperanza porque va a pedir ayuda a Quien puede hacer algo. Se encuentra con ese sorprendente: «¿Qué tengo yo que ver contigo?». Sin embargo, es la respuesta más clara de que Él va a hacer algo muy diferente a lo que podemos hacer los demás.

Ante las necesidades diversas que tienen los seres humanos, ¡cuánto bien nos hace escuchar estas palabras de María sobre Jesús! «Haced lo que Él os diga». Existe un peligro en el anuncio del Evangelio: realizar una evangelización no evangelizada. Sería un error presentar como buena noticia a un Dios mal noticiado. De ahí las palabras tan relevantes de María: Él está ahí con vosotros, «haced lo que Él os diga».

Un discípulo misionero sabe que Jesús está diligentemente atento a todas las necesidades humanas. No hace exclusiones. Siempre nos dice «no tengáis miedo». Por eso tiene el atrevimiento de decir a quien se encuentra por el camino que mire a la Cruz. En ella, con Jesús muriendo por amor sin excluir a nadie, descubrimos algo maravilloso: que «Dios nos juzga amándonos». Quiere llegar a nuestro corazón, quiere hacernos ver que Él es la Luz, la Verdad, el Camino y la Vida. Las palabras de María a todos los que pasan por una situación difícil, «haced lo que Él os diga», indican que Ella ya ha asumido la lógica de la Cruz, la de salir de nosotros mismos para darnos a los demás, la lógica del amor.

3. Un discípulo misionero, al igual que María, pone siempre en manos de Jesús su vida y la de los demás

El discípulo misionero aprende de María que hay que pedir a quien puede dar. ¡Vayamos a Jesús! Él imprime una dirección y nos lleva a adentrarnos en sus llagas que siguen supurando en muchas formas de dolor y de injusticia.

La vida de la Santísima Virgen está definida por la elección que Dios hace de Ella y por la entrega que Ella realiza a su amor. En el magnificat descubrimos cómo María se sentía en su casa, por decirlo de alguna manera, en la Palabra de Dios: vivía de la Palabra y estaba penetrada por ella. María hablaba con palabras de Dios y pensaba con palabras de Dios; sus pensamientos eran los pensamientos de Dios y sus palabras eran las palabras de Dios. Irradiaba la Luz de Dios, su Amor y su Bondad. Aquellas palabras de la Anunciación, «no temas, María», significaban «tú llevas a Dios, pero Dios te llevará a ti». Así vivió toda su vida: en el abandono y en la confianza. Todo lo ponía en las manos de Dios. En este punto, os invito a tener un recuerdo agradecido y una oración por la vida contemplativa. Viven para poner todo y a todos en manos de Dios. Nos recuerdan que, cada uno en su estado de vida, debemos mantener esa actitud existencial para perseverar como discípulos del Señor.

¡Qué hondura alcanza la vida cuando contemplamos a María y vemos que con su sí a Dios abrió el cielo en la tierra! Ella preparó la morada de Dios en la tierra. Y así, con la confianza que María depositó en Dios, pudo el Señor acercarse a los hombres y hacernos ver que es a Él a quien necesitamos. Él nos saca de nuestras oscuridades y nos facilita lo necesario para transformar el mundo según su designio. La fe de María la llevó a pedir a su Hijo que interviniera

porque no había vino. Porque la auténtica fe siempre implica un deseo de cambiar el mundo, «esta casa común»³³. Pero no caigamos en la tentación de vivir una fe a la carta. La propuesta del Señor no es solamente de una relación íntima con Él. Supone aceptar su propuesta de Reino de Dios. Se trata de amar a un Dios que reina en el mundo y quiere implantar sus valores. Si lo hacemos, la vida social será un lugar de fiesta, ámbito de fraternidad, de justicia y de paz para todos.

Las palabras de María, «haced lo que Él os diga», son expresión de que todo lo pone en manos de Dios. Desde ahí surgen tres actitudes que se destacan en el texto de las bodas de Caná:

a) Mantener la esperanza. Dios interviene siempre. ¡Cuántas dificultades tiene la vida, personales, sociales, familiares! Por más grandes que parezcan, Dios no deja que nos hundamos. El mal existe; no cabe duda. Pero no tiene la fuerza del Sumo Bien, que es Dios mismo revelado en Jesucristo. Dios es más fuerte que nadie. Ninguna fuerza puede eliminar la grandeza de un Dios que hizo todo lo que existe y que además nos convirtió en partícipes de su vida. La esperanza en acto se manifiesta en el cultivo de la espiritualidad, en la generosidad, la solidaridad, la perseverancia, la fraternidad y la alegría.

b) Dejarse sorprender por Dios. En medio de las dificultades, Dios nos sobresalta irrumpiendo en nuestra vida por donde menos esperábamos. ¿No fue esto lo que sucedió en las bodas de Caná? Dios nunca nos deja de sorprender, pero hace falta que estemos atentos. En el milagro del vino, solamente se sorprendieron los sirvientes que sabían de dónde venía el vino; el mayor-

³³ EG 183

domo no sabía de dónde venía el vino. Dejémosnos sorprender por el amor de Dios y acojamos sus sorpresas. Alejados de Dios, la alegría se agota y la capacidad de amar también.

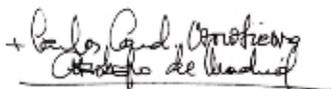
c) Vivir la alegría de sabernos amados por Dios. El vino nuevo que nos da Jesús nos devuelve a la alegría de la fiesta y nos lleva a comunicar lo que hace posible que vivamos en fiesta. Los cristianos han buscado siempre la alegría de María. Desear contemplar la alegría de María no es dejarse llevar por una imaginación sin control; la misma Palabra de Dios nos desvela que María vive instalada en el Señor y en su gozo. Cuando Ella entona el magnificat, nos está diciendo dónde encontró la fuente: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador». Ella comparte su alegría y nos conduce al manantial de ese gozo. En su dicha se refleja nuestra dignidad de hijos de Dios y se refleja la ternura de Dios. Aprendamos de María a vivir en la alegría que supone decir *sí* a Dios, con la seguridad de que nada es imposible para quien se fía de Dios y se entrega a Dios. En verdad, María es la mejor invitación para que nuestros contemporáneos perciban que son amados por Dios.

Epílogo

Ojalá que esta carta pastoral constituya un instrumento para una larga y sabrosa meditación que regale de parte de Dios mayor fidelidad, más entrega y más alegría para vivir como discípulos misioneros. En esta hora novedosa y apasionante de la historia, se nos pide que mostremos el Evangelio con toda su radical intensidad y que seamos carta escrita del Señor con nuestra propia vida. Quiero acabar con las palabras con las que el Papa Francisco concluye la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*:

«Quiero que María corone estas reflexiones, porque ella vivió como nadie las bienaventuranzas de Jesús. Ella es la que se estremecía de gozo en la presencia de Dios, la que conservaba todo en su corazón y se dejó atravesar por la espada. Es la santa entre los santos, la más bendita, la que nos enseña el camino de la santidad y nos acompaña. Ella no acepta que nos quedemos caídos y a veces nos lleva en sus brazos sin juzgarnos. Conversar con ella nos consuela, nos libera y nos santifica. La Madre no necesita de muchas palabras, no le hace falta que nos esforcemos demasiado para explicarle lo que nos pasa. Basta musitar una y otra vez: Dios te salve, María...»³⁴.

Con gran afecto, os bendice,



+ Carlos Card. Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid

28 de agosto de 2018, Fiesta de San Agustín, obispo

³⁴ GE 176



— 2018 — 2019 —



Carta pastoral del arzobispo de Madrid
+ Carlos Card. Osoro Sierra